

Hieronim Grala

Facultad de «Artes Liberales»

Universidad de Varsovia

ORCID: 0000-0003-3755-2469

grala@al.uw.edu.pl

**El supuesto imperio.
La República polaco-lituana
de los siglos XV-XVII.
(Sobre las trampas del discurso poscolonial)**

**The alleged empire.
The Polish-Lithuanian Republic
of the 15th-17th centuries.
(On the pitfalls of postcolonial discourse)**

Resumen: El artículo consiste en la crítica de la legitimidad de aplicar el discurso poscolonial a las investigaciones sobre la historia de la República polaco-lituana en los siglos XV-XVII. El autor señala fenómenos que permiten negar el carácter colonial de la presencia polaca en las tierras ucranianas y rutenas blancas, subrayando importantes inexactitudes cronológicas (por ejemplo, el Gran Ducado de Lituania no permitió el acceso allí del elemento polaco hasta 1569), y metodológicas, ignorando esenciales fenómenos sociopolíticos y económicos. Las tierras rutenas no fueron conquistadas por la República, los caballeros locales obtuvieron plenos derechos independientemente de su etnia y fe, la afluencia de gente tuvo carácter de colonizar (desarrollo de los espacios vacíos) pero no colonizador, y no existen motivos para argumentar explotación de la provincia. El autor también cuestiona la opinión sobre la política imperial de la República, sobre todo en sus relaciones con el Estado de Moscú, señalando que desde el principio la parte polaco-lituana estaba a la defensiva, desde mediados del siglo XV sus posesiones se estaban reduciendo y los temporales crecimientos territoriales eran de carácter recuperativo.

Palabras clave: República polaco-lituana, Rutenia, colonialismo, colonización, discurso poscolonial, imperio.

Abstract: This article constitutes a critical approach towards the legitimacy of employing a postcolonial discourse to study the history of the Polish-Lithuanian Commonwealth in the 15th through the 17th centuries. The author indicates several phenomena that permit

the negation of a thesis about the colonial character of Polish presence in Ukrainian-White Ruthenian lands, emphasising its crucial defects, both chronological (Great Duchy of Lithuania did not allow a Polish element there till 1569) and methodological, which ignore fundamental phenomena, social, economic, and of political system. The Commonwealth did not conquer Ruthenian lands; local knighthood obtained full civil rights regardless of ethnicity and confession, and elites achieved an overwhelming influence on the state. The population inflow to these territories had a colonising character rather than a colonial one; there is also no basis to ascertain any forms of exploitation of the provinces. The author also questions a vision of an imperial policy of the Commonwealth, especially in the context of its relations with Moscow State, indicating that from the beginning of this rivalry, it was the Polish-Lithuanian side that remained on the defensive; its possessions were constantly diminishing, and temporal territorial acquisitions constituted only revindications.

Keywords: Polish-Lithuanian Commonwealth, Ruthenia, colonialism, colonisation, postcolonial discourse, empire.

Entre la superpotencia y la imposibilidad imperial

En las últimas décadas se ha producido un aumento significativo en la literatura que intenta aplicar el inspirador discurso poscolonial de moda a las realidades de la Europa del Este y Centro-Este durante la temprana Edad Moderna. En este caso, el eje del debate son los elementos imperiales y coloniales en la historia de la República nobiliaria polaco-lituana (*Serenissima Res Publica Poloniae, Rzeczpospolita, Mancomunidad*), normalmente documentados por su «empuje hacia el Este», cuyas manifestaciones más importantes se consideran la participación en los sucesos del Tiempo de Grandes Turbulencias ruso (*Smútnoie vremia*) y la colonización de tierras ucranianas¹. Sin embargo, en aras de la precisión, debe señalarse que el discurso de moda no parece ser una novedad absoluta en la historiografía de nuestra región. Una visión similar fue y es bastante popular entre los colegas soviéticos y rusos, pero también entre algunos historiadores de países que fueron sucesores de la República de las Dos Naciones (especialmente Ucrania), quienes aunque están dispuestos a enfatizar la participación significativa de sus naciones en los éxitos de la República, en otros casos se ponen de buena gana en la posición de víctimas de la expansión «polaca» (sí, generalmente polaca, y no, por ejemplo, polaco-lituana, que se correspondería mejor con la forma de ese Estado). Por otro lado, también vale la pena señalar

¹ Véase: J. Sowa, *Fantomowe ciało króla. Peryferyjne zmagania z nowoczesną formą*, Cracovia 2011; las tesis de Sowa, que disfrutaron de no pequeña popularidad en la publicística histórica polaca, fueron objeto de multifacética y profunda crítica científica; véanse: J. Matuszewski y W. Uruszczak, «O symulowanej nauce, czyli o niekompetentnej, nieudolnej i nieudanej rekonceptualizacji społecznej, kulturowej, gospodarczej i politycznej historii I Rzeczypospolitej, nierzetelnym postępowaniu habilitacyjnym i groźnym pomruku metodologicznym à la Otwock», *Zeszyty Prawnicze*, t. 17, núm. 1, 2017, pp. 177-223; R. Stobiecki, «Różne oblicza historycznego rewizjonizmu», *Sensus Historiae*, vol. 19, núm. 2, 2015, pp. 35-36; también las publicaciones del autor de este artículo, véase la nota 3.

la presencia en la historiografía lituana contemporánea de signos de percepción de la historia del Gran Ducado de Lituania a través del prisma de la propia experiencia imperial².

El debate sobre el supuesto imperialismo y colonialismo polaco ha aportado muchos logros, a decir verdad, en un nivel muy variado. El estado de cosas indicado debe ser visto como una consecuencia de la falta de una metodología uniforme, pero a menudo también como resultado de la peligrosa naturaleza *a priori* de los argumentos basados en las débiles premisas-fuente y la falta de una más amplia perspectiva supraregional. Es difícil resistirse a la impresión de que en este caso se trata de una especie de dictado del discurso, tratado como una clave universal para comprender una época dada, mientras que en sí mismo él no puede remplazar la solidez de la investigación y no se puede poner un signo de igual entre este discurso y el ejercicio de la historia³.

Parece que la mencionada discusión carece de elementos comparativos, de intentos de comparar la República con las superpotencias/imperios de esa época, especialmente aquellos con experiencia colonial. Este postulado parece estar tanto más justificado cuanto que procedimientos similares tienen un largo y respetable registro en la historiografía polaca; basta recordar el clásico y aún inspirador estudio de Joachim Lelewel (1831), preguntando por los paralelos históricos entre Polonia y España – al fin y al cabo, el imperio colonial *par excellence*⁴.

Siguiendo esta línea, vale la pena considerar tales características de la República que, si bien aseguran su lugar en el concierto de las superpotencias de la época, no justifican el uso del discurso imperial. Además, parece que a menudo nos enfrentamos aquí a las secuelas de una tautología ilegítima: superpotencia = imperio.

El Estado polaco-lituano, durante su apogeo, fue sin ninguna duda una superpotencia, ocupando un área de casi un millón de kilómetros cuadrados

² Z. Norkus, *An Unproclaimed Empire: The Grand Duchy of Lithuania. From the Viewpoint of Comparative Historical Sociology of Empires*, Abingdon 2018; véase: K. Brzechczyn, «Niedoszłe imperium. Zenonas Norkus, *Nie tytuł czyni imperium... Wielkie Księstwo Litewskie w perspektywie porównawczej socjologii historycznej imperiów*, przeł. Katarzyna Korzeniewska, przedmowa Andrzej Nowak, Księgarnia Akademicka, Kraków 2019, ss. 440», *Politeja. Pismo Wydziału Studiów Międzynarodowych i Politycznych Uniwersytetu Jagiellońskiego*, vol. 20, núm. 1 (82), 2023, pp. 409-421.

³ H. Grała, «Rzeczpospolita Szlachecka – twór kolonialny?», en: *Perspektywy kolonializmu w Polsce, Polska w perspektywie kolonialnej*, Varsovia 2016, pp. 275-299; *idem*, «Kolonializm alla polacca», *Polski Przegląd Dyplomatyczny*, núm. 4, 2017, pp. 93-117; *idem*, «Was the Polish-Lithuanian Commonwealth a Colonial State?», *The Polish Quarterly of International Affairs*, núm. 4, 2017, pp. 125-150.

⁴ «La obra de Joachim Lelewel, “Paralelo histórico entre España y Polonia en los siglos XVI, XVII y XVIII” (1831)», ed. J. Kieniewicz, *Hispania. Revista Española de Historia*, t. 51, núm. 178, 1991, pp. 695-734; J. Lelewel, *Historyczna paralela Hiszpanii z Polską w XVI, XVII, XVIII wieku*, ed. J. Kieniewicz, ed. nueva, Varsovia 2006.

a mediados del siglo XVII, y habitada por once millones de personas. El carácter compacto de esta gran potencia terrestre, desprovista de aspiraciones marítimas y posesiones ultramarinas, justifica compararla con el Reich alemán («comparatio de dos monstruos» según la acertada opinión de Igor Kąkolewski⁵), mientras que todas las analogías de carácter colonial parecen estar completamente equivocadas (ver más abajo).

En la cuestión de las supuestas ambiciones imperiales de la República, vale la pena referirse primero al elemento básico del simbolismo oficial – la corona, que en la época medieval y en la Edad Moderna temprana, fue la forma más importante de emanación de la idea del Estado. Durante mucho tiempo, en la tradición polaca había conciencia de las raíces de su propia Monarquía, la dignidad de la corona Piast de los Boleslaos y Vladislaos, lo que se confirma con el uso de una corona abierta (*corona aperta*) en las tumbas de Vladislao II y Casimiro IV Jagellones. Es sólo a partir de los tiempos de Juan I Alberto y Alejandro I Jagellón que se había utilizado la corona cerrada (*corona clausa*) que alguna vez fue un símbolo del poder imperial. La forma final de la corona de los soberanos polacos la determinó el reinado de Segismundo I el Viejo. La elección de la cerrada estuvo probablemente influida por la rivalidad con Moscú (la gorra de Monómaco como insignia del zar, a la que pronto seguirían otras coronas imperiales: las de Kazán, Astracán y Siberia), pero el homenaje feudal de Albrecht Hohenzollern (1525) tuvo probablemente una importancia decisiva y, por lo tanto, la rivalidad con los Habsburgo. El simbolismo de este evento es obvio: 500 años después de la primera coronación real (1025), el monarca polaco con las insignias imperiales «quita» al vasallo del emperador y al mismo tiempo elimina al infiel príncipe de la jurisdicción del papa. Esto ocurrió en el ámbito de propaganda de la casa de los Jagellones, y fue una acción muy bien pensada, comparable con la creación de Vladislao II Jagellón (antes Jogaila), un siglo antes, como el «nuevo Constantino» y el apóstol de Lituania frente a las acusaciones de una alianza con paganos, infieles y cismáticos «para la ruina de la cruz», es decir, contra la orden alemana de los Teutones⁶.

¿Sería suficiente el cambio señalado de insignia para articular la opinión sobre los sueños imperiales de la corte polaco-lituana? Definitivamente no: al igual que la idea de la Monarquía francesa, completamente independiente del

⁵ I. Kąkolewski, «Comparatio dwóch monstrów – Rzeczpospolita polsko-litewska a Rzesza Niemiecka w XVI–XVIII wieku», en: *Rzeczpospolita-Europa XVI–XVIII wiek. Próba konfrontacji*, eds. M. Kopczyński y W. Tygielski, Varsovia 1999, pp. 143-162.

⁶ A. Gieysztor, «„Non habemus caesarem nisi regem”. Korona zamknięta królów polskich w końcu XV wieku i w wieku XVI», en: *idem, Władza. Symbole i rytuały*, eds. P. Mrozowski, P. Tyszka y P. Węcowski, Varsovia 2016, pp. 88-95; A. Gieysztor, «Oznaki władzy królewskiej i idea suwerenności w Polsce w czasach późnego średniowiecza i na początku epoki nowożytnej», en: *idem, ibidem*, pp. 99-111; véase también: *idem*, «Royal Emblems and the Idea of Sovereignty in Late Medieval and Early Modern Poland», en: *State and Society in Europe from the Fifteenth to the Eighteenth Century. Proceedings of the First Conference of Polish and American Historians, Nieborów, Poland, May 27-29, 1974*, ed. J. Pelenski, Varsovia 1985, pp. 55-74.

Sacro Imperio Romano, que durante siglos invocaba su plena soberanía y no a los reclamos imperiales de la competencia (esto incluso lo confirma la candidatura del rey Francisco I a la corona imperial en 1519). Después de todo, hasta Austerlitz, a los soberanos de Francia no se les había ocurrido cuestionar la «imperialidad» de los Habsburgo y las quejas de su más feroz oponente, Luis XIV, nunca llegaron hasta la corona imperial.

¿Tenían los monarcas de la República tales pretensiones? No, porque no podían existir quedando descartadas tanto por el modelo del sistema del Estado (*monarchia mixta*) como por la ideología de la nobleza, orgullosa de su propio orden, que buscaba inspiración en las tradiciones republicanas de Roma y no ocultando su aversión al fuerte poder monárquico en los países vecinos (Imperio de los Habsburgo, Moscú, Puerta Otomana). Un significado simbólico tiene aquí la aplicación de la fórmula bíblica por el ideólogo de la nobleza Mikołaj Siennicki *non habemus regem nisi caesarem* (no tenemos rey, tan solo emperador) con la muy significativa conjetura *non habemus caesarem nisi regem* (no tenemos emperador, tan solo rey) (1565). Al margen de la fuerte aversión de la nobleza hacia la institución misma del imperio, junto con el surgimiento de la monarquía electiva, crecía el conflicto de *inter maiestatem ac libertatem* (entre majestad y libertad). Según la constatación de Anna Grześkowiak-Krwawicz, la palabra más característica del discurso político de la nobleza es «República» (*Rzeczpospolita*), percibida a través del prisma del sentido de la comunidad (basta recordar la exclamación en el campo electoral en 1573: *Tota respublica* [toda la república], *nosotros, nosotros mismos*)⁷.

¿Dónde estaban las raíces de este sentido de comunidad? ¿Cuál fue el factor que conectó las partes del Estado, muy variadas, con diferentes tradiciones del sistema político, a menudo el idioma, la sangre y la fe? La República era un Estado de la nobleza, una nación política unida por una ideología uniforme que se propagaba junto con las leyes. Con esta realidad, cualquier apelación a la institución del imperio estaba condenada al fracaso desde el principio.

¿Imperio defensivo?

A la República se aplica a veces un tratamiento específico de categorización («imperio de tierra adentro»), destinado a eliminar las dudas derivadas de la falta de expansión colonial marítima, típica de las potencias europeas. El problema es que el ejemplo citado de este tipo de imperio, el Zarato de Moscú, parece ser completamente diferente (de hecho, en muchos aspectos se asemeja a la experiencia de los imperios marítimos). Los iniciadores de la conquista de

⁷ A. Gieysztor, «„Non habemus caesarem nisi regem”. Korona zamknięta królów polskich w końcu XV wieku i w wieku XVI», pp. 95-96; A. Grześkowiak-Krwawicz, *Dyskurs polityczny Rzeczypospolitej Obojga Narodów. Pojęcia i idee*, Toruń 2018, pp. 31-59.

Siberia, los Stroganov, son, sin embargo, empresarios privados, la expedición de Yermak (1581-1585) no se diferencia mucho de las acciones de Hernán Cortés o Francisco Pizarro, y la conquista de los pueblos locales, cruel y sangrienta, fue calculada para lograr el máximo ingreso de los tributos de los pueblos conquistados; incluso la especial importancia de los bienes así obtenidos para el modelo económico de la metrópoli –en el modelo español de los metales preciosos, en el modelo moscovita del «oro peludo», es decir, las pieles– ilustra bastante bien estas similitudes⁸.

Tradicionalmente, la base de la política imperial es la expansión territorial, esforzándose por maximizar las fronteras del Estado y su esfera de influencia. Comencemos entonces con un pequeño «inventario territorial»: desde el momento de la conclusión de la Unión Polaco-Lituana (1385) hasta la caída de la República (1795), este Estado no llevaba a cabo guerras de conquista, como máximo sólo se esforzó por recuperar los territorios perdidos en el *interim*. Después de todo, ni la reivindicación de parte de las tierras rutenas (1581, 1619, 1634) ni la incorporación de la Prusia Real y Livonia dan señales de expansión.

El destino de la frontera oriental del Estado polaco-lituano no encaja bien con el modelo de expansión territorial. Guerras en el Este, invariablemente defensivas, después de todo, desde 1494 son una serie de pérdidas ininterrumpidas hasta las expediciones de Esteban I Báthory (1579-1582). Incluso después de la tregua victoriosa en Jam Zapolski (1581), que selló la recuperación de únicamente las últimas pérdidas territoriales, no se pueden ver planes ofensivos del lado de la República, a pesar de los vigorosos esfuerzos del rey victorioso; en cambio, hay una propuesta de un trato político con un vecino fastidioso: la creación de un Estado unitario, una imaginaria «Unión de la Trinidad» (la misión de Lew Sapieha, 1601)⁹. El Tiempo de Grandes Turbulencias, un ejemplo

⁸ Véase: X. Граля, *Между двух империй: Сибирь в колониальном дискурсе (XVI – начало XX в.)*. Несколько соображений с польской перспективы, en: *Встреча на Байкале. Время прошлого, вызовы будущего*, ред. А. Базаров, Я. Кеневич, Улан-Удэ 2014, pp. 269-301. Sobre la especificidad de la expansión colonial moscovita véase: H. Łaskiewicz, «Wędrówka na Wschód Carstwa Moskiewskiego: wieki XVI i XVII. Jakim kosztem i z jakim skutkiem?», en: *Rocznik Instytutu Europy Środkowo-Wschodniej*, año 9, cuaderno 3, *Rzeczpospolita vs Carstwo – spór cywilizacyjny czy walka imperiów?*, 2011, pp. 129-139; también: A. Gil, *Cztery odłony imperium: Rosja – Syberia Zachodnia – Azja Centralna – Mołdawia*, Lublin 2014, pp. 56-65.

⁹ Б. Н. Флоря, *Русско-польские отношения и политическое развитие Восточной Европы во второй половине XVI – начале XVII в.*, Москва 1978, pp. 248-265; S. Gruszecki, «Idea unii polsko-rosyjskiej na przełomie XVI i XVII wieku», *Odrodzenie i reformacja w Polsce*, t. 15, 1970, pp. 89-99; también: K. Tyszkowski, *Poselstwo Lwa Sapiehy w Moskwie 1600 r.*, Leópolis 1927, pp. 38-42 y 67-68; *idem*, «Plany unii polsko-moskiewskiej na przełomie XVI i XVII wieku», *Przegląd Współczesny*, año 7, t. 25, núm. 74, 1928, pp. 392-402. Sobre los planes de la unión véanse también: J. Malec: «„Unia troista”». Rozwój projektów unii polsko-litewsko-rosyjskiej w XVI i XVII wieku», en: *idem*, *Szkice z dziejów federalizmu i myśli federalistycznej w nowożytnej Europie*, Cracovia 2003, pp. 11-38; M. Straszewicz, «Koncepcje unii Rzeczypospolitej i Moskwy w 1. połowie XVII wieku», en: *Europa unii i federacji. Idea jedności narodów i państw od średniowiecza do czasów współczesnych*, ed. K. Ślusarek, Cracovia 2004, pp. 39-64.

emblemático de la supuesta expansión polaca, no puede tratarse aisladamente de la alianza moscovita-sueca que amenazaba los intereses vitales de la República (Tratado de Viborg, 1609) y los esfuerzos justificados para recuperar Smolensk (1514), perdido previamente ante un vecino agresivo, así como las tierras de Chernígov-Séversk (1500-1501).

Cabe destacar que esta guerra, emprendida por iniciativa del rey Segismundo III Vasa (1587-1632), cuyo contrato electoral le obligaba a recuperar los territorios desprendidos, encontró serias resistencias por parte de la nobleza y de una importante parte de la élite estatal que se oponían a la violación de la tregua vigente. Incluso la última guerra victoriosa en el Este (la llamada Guerra de Smolensk, 1632-1634) no sólo no trajo ganancias territoriales serias, sino que resultó en un proceso completamente opuesto: la cesión de ciertas áreas en favor de los derrotados (Serpieysk y Trubchevsk) en nombre de la paz perpetua y los grandes planes de la liga anti-turca¹⁰. Por cierto, despierta asombro tratar la lucha por el *dominium Russiae* como un signo de la expansión polaca; después de todo, estas áreas formaban parte del Gran Ducado de Lituania mucho antes de la Unión de Krewa en 1385. La Corona no conquistó ni anexó ninguna de las tierras rutenas que se encontraban dentro de sus fronteras como resultado de la Unión de Lublin en 1569; las recibió de Lituania que las había gobernado durante varios cientos de años¹¹. Sin embargo, en la discusión historiográfica, el fenómeno de la expansión lituana, a raíz de la cual grandes extensiones de tierras rutenas quedaron dentro de las fronteras del Gran Ducado, parece ser inexistente; todo esto se ha acreditado a Polonia la cual se situó a orillas del Dniéper apenas tres siglos después, y hasta los propios lituanos aparecen de vez en cuando en las consideraciones poscoloniales como objeto de la opresión polaca.

El balance territorial de la República, y no como resultado de guerras perdidas (también ocurrían ganadas), es por lo tanto constantemente deficitario, sin embargo la esencia del imperialismo y el colonialismo es expandir fronteras e influencia. Las razones de este estado de cosas hay que buscarlas en la doctrina política del Estado y en el consecuente pacifismo de la nobleza, el cual no cuadraba con la política imperial.

Tratemos de rastrear los meandros de la política exterior del Estado polaco-lituano durante el reinado de las dinastías de los Jagellones y de los Vasa. En el caso de los primeros, se enfatiza fuertemente su política dinástica y su larga rivalidad con los Habsburgo por los tronos de Bohemia y Hungría. Mientras tanto, la experiencia de la política dinástica de los Jagellones demuestra irrefutablemente que su Monarquía no era imperio ni podría llegar a serlo.

¹⁰ W. Godziszewski, «Granica polsko-moskiewska wedle pokoju polanowskiego (wytyczona w latach 1634-1648)», *Prace Komisji dla Atlasu historycznego Polski*, cuaderno 3, 1935, pp. 1-96.

¹¹ J. Natanson-Leski, *Dzieje granicy wschodniej Rzeczypospolitej*, parte 1, *Granica moskiewska w epoce jagiellońskiej*, Leópolis – Varsovia 1922.

La feroz rivalidad entre los hijos del rey Casimiro IV Jagellón por las coronas de Bohemia y Hungría, no desprovista de elementos de confrontación militar, y su reacción conjunta (o mejor dicho, la falta real de ella) ante la amenaza de Moscú a su nido ancestral, el Gran Ducado de Lituania y sus provincias ruteanas (negociaciones de 1494-1503), indica la falta no sólo de intereses políticos comunes entre varios monarcas de la casa de los Jagellones, sino incluso de una elemental solidaridad familiar¹². Esto es claramente visible en el contexto de la política verdaderamente dinástica de sus competidores, los Habsburgo: las relaciones entre Madrid y Viena a menudo han estado lejos de ser armoniosas, pero cuando llegó el momento de la gran prueba, España fue a la guerra por el emperador; los tercios se presentaron a las puertas de Praga (1620) y jugaron un papel clave en el aniquilamiento del Ejército protestante en Nördlingen (1634). Los Jagellones no siguieron tal política: de hecho, la cooperación entre las vecinas Corona y Lituania, hipotéticamente más fácil, aunque sólo fuera por tener generalmente el monarca común, les fue mucho peor que la cooperación de los Habsburgo. La rivalidad polaco-lituana sobre Volinia y Podolia, que aparece en momentos en que las fronteras del Estado común estaban amenazadas, prueba que durante mucho tiempo en el Vístula y el Niemen las élites locales pensaban en categorías particulares más que en las de la comunidad.

Para ser justos, cabe señalar que en el caso de la política exterior del Estado polaco-lituano, por un largo tiempo funcionaba una dicotomía que fue difícil de superar; de hecho, hasta la época de la Unión de Lublin, ambas partes del Estado de los Jagellones condujeron en realidad dos políticas exteriores separadas: el Gran Ducado libró sus luchas contra Moscú y la Horda de Crimea, mientras que la Corona se involucraba hacia Prusia y Europa Central, siendo responsable de los contactos con el mundo latino. El modelo estatal de entonces era así que la voluntad del monarca no resultaba suficiente para convocar el Ejército a luchar contra el enemigo común, como lo demuestra tanto la neutralidad específica de Lituania hacia la lucha de Polonia contra la Orden Teutónica (Guerra de los Trece Años, 1454-1456), así como la falta de involucramiento de la Corona para detener la expansión moscovita en la etapa inicial de la Guerra de Livonia (1558-1570).

La política exterior de la dinastía Vasa se formó de manera diferente, ya que gobernaron un Estado con una forma del sistema político fuertemente cambiada por la unión real que reemplazó a la dinástica. Quizá merezca la pena prestar aquí alguna atención a las aspiraciones del rey Segismundo III, que en la historiografía más reciente se perciben claramente como de superpotencia¹³. Uno puede estar de acuerdo con esto desde el punto de vista de los propios

¹² H. Grala, «Jagiellonowie a Moskwa», en: *Europa Jagellonica 1386–1572. Sztuka, kultura i polityka w Europie Środkowej za panowania Jagiellonów*, eds. P. Mrozowski, P. Tyszka y P. Węcowski, Varsovia 2015, pp. 61-62.

¹³ P. Szpaczyński, *Mocarstwowe dążenia Zygmunta III w latach 1587–1618*, Cracovia 2013.

esfuerzos del monarca, pero ¿pueden estas pretensiones de superpotencia del rey, durante una parte considerable de su reinado en conflicto con la opinión de la nobleza, ser tratadas en términos de un programa del Estado? ¿Son los sueños de Segismundo de una unión estatal o una unión dinástica con Moscú como remedio a la rebelión de sus súbditos suecos, un vínculo con la ideología del soberano de la República? Más bien no, como demuestra su espectacular fiasco. La moderación y el pacifismo de la nobleza resultaron ser más visibles durante las negociaciones finales con Moscú en Deúlino (1618), cuando el hijo del rey, príncipe Vladislao, *de jure* «*magnus dux Moscoviae*» e incluso *narechenyi gosudar* (es decir, el *imperator electus*), indignado por las condiciones del armisticio establecidas por los comisarios, después de todo, les espetó en la cara que le vendieron como a un perro (negociaban «como si fuera por un galgo...») y que le abandonaron¹⁴. Finalmente, en el contexto de estos eventos, ¿pueden clasificarse las acciones de la República en el este como aspiraciones imperiales? ¿Se trataba aquí de construir un imperio imaginario, o más bien un pacto político racional que pusiera fin de una vez por todas, con medios pacíficos, a las guerras con dos vecinos (Moscú y Suecia) que consumían el Estado polaco-lituano ante el inminente cataclismo europeo (Guerra de Treinta Años) y la creciente amenaza de la Puerta Otomana?

En torno al discurso poscolonial

Para empezar hay que plantear la pregunta fundamental, ¿puede aplicarse sin temor el discurso poscolonial al periodo polaco antiguo? ¿Reúne realmente la República las condiciones necesarias para ser objeto de tales consideraciones?

Las extensas conquistas territoriales realizadas por las superpotencias y los imperios no son nada nuevo en la historia de la humanidad, basta recordar aquí los ejemplos romano u otomano. Vale la pena mencionar a Bizancio (aunque es difícil deshacerse de la impresión de que desde su inicio hasta su caída es un imperio que se encogió territorialmente, recuperando sólo temporalmente algunas de las pérdidas), así como los proyectos árabe y mongol que no han sido completamente implementados (aunque en la historiografía existe una noción de *Pax Mongolica*), porque las divisiones internas se presentaron antes de que se alcanzara la madurez imperial y la coherencia formal.

Parece que una referencia al modelo español podría ser una pista valiosa en este caso. Se debe estar de acuerdo con la opinión de que en su etapa inicial, las conquistas americanas siguieron el modelo de un imperio centralista, similar al modelo romano (aunque también otomano). Su esencia fue la expansión político-militar del territorio, que fue acompañada por la expansión de la

¹⁴ J. Sobieski, *Diariusz ekspedycyjnej moskiewskiej dwuletniej królewicza Władysława 1617-1618*, eds. J. Byliński y W. Kaczorowski, Opole 2010, p. 87.

esfera de influencia. Este proceso estaba dirigido desde la metrópoli (el centro de disposición era la capital del Estado), y su esencia era la explotación de la población conquistada a través del sistema fiscal (gravámenes e impuestos). En la literatura sobre el tema, a menudo se ha señalado que este modelo no agota las características esenciales del colonialismo y es una especie de anacronismo en la era moderna. Partiendo de realidades precapitalistas y premodernas, es una especie de referencia a la expansión marítima de los Estados italianos medievales: aunque en sus casos el término «colonialismo» también apareció en la historiografía, parece mucho más justificado llamar a este proceso proto-colonialismo¹⁵. El colonialismo propiamente dicho, definitivamente posterior, difiere fundamentalmente del modelo señalado.

Automáticamente surge la pregunta sobre el rasgo básico del colonialismo: la mencionada explotación de la colonia/periferia por parte de la metrópoli. ¿Se la percibe en la experiencia histórica de la República? Me permito expresar la opinión contraria: pues la especificidad de nuestro sistema eran los extensos latifundios magnates, pequeños Estados soberanos *sui generis* (no en vano se habla de reyezuelos)¹⁶ que concentraban localmente la riqueza. Después de todo, ninguna flota con oro y plata se dirigía a Cracovia, Varsovia o Vilna, y la entrada de impuestos de estos «dominios» fronterizos de ninguna manera compensaba los gastos en su seguridad: la defensa de las fronteras que estaban permanentemente amenazadas en ciertas direcciones consumían gran parte del presupuesto de la República en su conjunto.

Prestemos atención también a un elemento importante de esa realidad protocolonial modelo. El problema básico desde el punto de vista de la eficiencia de cualquier imperio es la presencia de una extensa burocracia profesional. Mientras España y la Sublime Puerta, así como otro imperio olvidado, la Rusia de antes de Pedro I, que estaba llevando a cabo su conquista de Siberia y la marcha hacia el Pacífico que sólo fue detenida por la amenaza de una confrontación con China (Tratado de Nérchinsk, 1689), disponían de tal instrumento, la República podría simplemente soñarlo.

La burocracia, sin la cual es imposible la creación y posterior funcionamiento del imperio, es una deficiencia obvia del Estado polaco-lituano. Los funcionarios de la República, en términos comparativos, pierden en todos los frentes no sólo con los letrados españoles, sino incluso con los diaks de Moscú. Pierden en términos de calificaciones (la excepción notable es probablemente la cancillería real durante la dinastía de los Jagellones, ese «seminario de la República», pero es solamente una parte modesta del fenómeno), números y competencias. Esto se puede ver particularmente bien en los enfoques comparativos

¹⁵ M. Mitterauer, *Why Europe? The Medieval Origins of Its Special Path*, trad. G. Chapple, Chicago 2010; véase: R. J. C. Young, *Postcolonialism. An Historical Introduction*, Chichester – Malden, MA 2016, pp. 15-29.

¹⁶ M. Kowalski, *Księstwa Rzeczpospolitej. Państwo magnackie jako region polityczny*, Varsovia 2013.

de la República y el «atrasado» Moscú. Esta observación se aplica igualmente a la administración central como a la territorial¹⁷.

Recordemos también la interpretación ideológica que acompaña al colonialismo desarrollado (apropiado): las superpotencias europeas que participaron en la conquista del mundo utilizaron regularmente el concepto de misión, proclamando la civilización de los nativos. El catálogo de testimonios citado en esta parte de la literatura sobre este tema que sufrió la «picadura colonial» es, en realidad, muy modesto. Las opiniones expresadas durante el Tiempo de Grandes Turbulencias por algunos publicistas ávidos de revancha, tienen carácter decididamente minoritario y personal. También vale la pena observar que el contexto «racial» en las publicaciones de la nobleza se refiere en grado igual a los suyos y a los extraños. Para un noble de entonces cualquiera (sin excepción polaco, lituano, ruteno o prusiano), el orgulloso descendiente de los míticos sármatas o roxolanos, el proverbial «patán» sigue siendo «patán», independientemente de su etnia y no influye si esto ocurre en Podolia, Samogitia, Cuyavia o Pomerania.

Las pruebas del carácter colonial e imperial de la República las proporciona su presencia en Europa del Este. Podría decirse que la discusión sobre ambos elementos es inseparable, y el ámbito de evidencia de ambos fenómenos –por lo demás bastante escasa– se apoya mutuamente según el probado principio del *idem per idem*.

La descolonización de nuestra historia a veces toma formas tan fervientes que incluso son grotescas; sirva de ilustración como uno de mis oponentes, buscando persistentemente en las guerras entre la República y Moscú a principios del siglo XVII las manifestaciones de la expansión colonial, se atrevió a invocar, como ejemplo de un conquistador polaco, al memorialista Stanisław Niemojewski, quien, en nombre de la hija del rey, la princesa Ana Jagellona Vasa, fue a Moscú a vender sus joyas, y porque tropezó con los «maitines sangrientos de Moscú», la masacre del cortejo nupcial de Maryna Mniszech (o Mniszchówna) y el ataque a la legación de la República, fue por completo robado y encarcelado allí. Después de dos años, quedó liberado del cautiverio como parte del canje de prisioneros (1608). Apareció en el frente de Moscú mucho más tarde, en 1616, cuando era imposible hablar de las Dimitriadas, es decir, expediciones de los Dimitris (después de todo, era una guerra regular

¹⁷ H. Grała, «Diaci i pisarze: wczesnonowozżytny aparat władzy w Państwie Moskiewskim i Wielkim Księstwie Litewskim (XVI – pocz. XVII w.)», en: *Modernizacja struktur władzy w warunkach opóźnienia. Europa Środkowa i Wschodnia na przełomie średniowiecza i czasów nowożytnych*, eds. M. Dugo, S. Gawlas y H. Grała, Varsovia 1999, pp. 73-91; И. Граля, «Дьяки и писари: аппарат управления в Московском государстве и Великом княжестве Литовском (XVI – начало XVII века)», en: *От Древней Руси к России нового времени. Сборник статей. К 70-летию Анны Леонидовны Хорошкевич*, ред. В. Л. Янин, Москва 2003, pp. 148-164. Véase: M. Korolko, *Seminarium Rzeczypospolitej Królestwa Polskiego. Humanisci w kancelarii królewskiej Zygmunta Augusta*, Varsovia 1991.

entre la República y el Estado de Moscú). Esta biografía no parece coincidir mucho con las experiencias de Cortés, Pizarro o Diego Almagro. Por lo tanto, si así es como debe verse la personificación de los conquistadores polacos, entonces la idea colonial *alla polacca* en sí parece muy dudosa...

Un tema aparte es la naturaleza de este supuesto polaco *Drang nach Osten* (Empuje hacia el Este). La razón del argumento sobre la expansión colonial polaca la proporcionan las recuperaciones de territorios de la Monarquía polaco-lituana previamente arrancados por el vecino ruso quien la presionaba en sus fronteras. Después de todo, en el viraje del siglo XV al XVI hasta la reconquista de Báthory (1579-1581), Moscú capturó las tierras de Séversk, Chernígov, Smolensk, Pólotsk y parte de Livonia, que nunca antes habían pertenecido a los amos del Kremlin¹⁸. ¿Según qué criterios históricos se puede utilizar el término «expansión colonial» en estos casos? ¿Podrían los Valois, al recuperar Calais de manos de los ingleses después de casi cien años de forcejeo (1558), cometer opresión colonial contra los isleños? Es más, teniendo en cuenta el alcance y la duración de las anexiones de Moscú, la usurpación de los derechos dinásticos y la drástica violación de la soberanía de la Iglesia rutena y la represión contra otras confesiones, la actividad de la República en Oriente recuerda exactamente la experiencia de la Reconquista española: se recuperaba lo suyo sin apoderarse en las luchas de los siglos XVI-XVII ni siquiera de una pulgada de tierra que no sería patrimonio histórico de los Gedimínidas y de los Jagellones. Parece entonces, que los soberanos españoles que derrotaron al Ejército almohade en Las Navas de Tolosa (1212) podrían ser acusados de imperialismo, atribuyéndoles tendencias coloniales hacia al-Andalus.

En verdad es un imperio extraño que casi desde sus orígenes, es decir, desde la confirmación de los descendientes de Vladislao II Jagellón en los tronos de Cracovia y Vilna, no sólo no presionaba hacia el desafortunado Este, sino que emprende allí una constante retirada. Recordemos que las élites de ese supuesto imperio jamás, repito jamás, han presentado un programa político del reparto de un vecino agobiante, ni siquiera de una expansión militar, contentándose con la defensiva y celebrando debates político-legales sobre la *bellum iustum* y la *bellum iniustum*¹⁹. Ninguna doctrina imperial, ningún proyecto

¹⁸ J. Natanson-Leski, *Dzieje granicy wschodniej Rzeczypospolitej*, parte 1, *passim*; *idem*, *Epoka Stefana Batorego w dziejach granicy wschodniej Rzeczypospolitej*, Varsovia 1930, *passim*; véase: H. Grala, «Rzeczpospolita wobec pretensji Moskwy/Rosji do ziem ruskich», en: *O ziemię naszą, nie waszą. Ideowe aspekty procesów narodotwórczych w Europie Środkowej i Wschodniej*, ed. Ł. Adamski, Varsovia 2017, pp. 19-58.

¹⁹ H. Grala, «Vom *bellum defensivum* zum *bellum externum*. Die Auffassung des polnisch-litauischen Adels von den Gründen des Livländischen Krieges 1558–1582», en: *Die Wahrnehmung und Darstellung von Kriegen im Mittelalter und in der Frühen Neuzeit*, ed. H. Brunner, Wiesbaden 2000, pp. 255-269; H. Grala, «Od „*bellum defensivum*” do „*bellum externum*”. Ewolucja poglądów szlachty polsko-litewskiej na wojnę z Państwem Moskiewskim w drugiej połowie XVI w.», en: *Studia z dziejów stosunków Rzeczypospolitej z Państwem Moskiewskim w XVI–XVII wieku*, eds. M. Nagielski, K. Bobiatyński y P. Gawron, Zabrze – Tarnowskie Góry 2013, pp. 13-30.

colonial podría llevarse a cabo en este país sin la anuencia del soberano verdadero, es decir, el estado de la nobleza, que, como se sabe desde hace mucho tiempo, decididamente prefería administrar sus bienes y tierras y enriquecerse que arriesgarse en el campo de Marte. Por supuesto, el noble polaco o lituano, llevado al extremo, tomaba la espada y más de una vez demostraba sus habilidades militares, pero, sin embargo, por su naturaleza era de ánimo pacifista y reacio a incurrir en gastos de defensa y mucho menos en guerras ofensivas. El noble polaco, del que los publicistas se burlaban regularmente, prefería administrar sus bienes y tierras y enriquecerse, enviar por ríos trigo y madera a Gdańsk, conducir bueyes hacia el oeste, etc. La guerra era costosa y dañaba el negocio. Recordemos la perspicaz observación del autor de los llamados *Los consejos de Kallimach*, que sugirió a Juan I Alberto: «amenaza con una movilización general [alzamiento nacional, *pospolite ruszenie*] cada año, porque los polacos la temen como a la peste, y luego haz esfuerzos para recaudar impuestos»²⁰. En un país donde la fuerza armada básica era la leva y el ejército mercenario era más que modesto, simplemente no había nada para llevar a cabo una expansión territorial por excelencia ni, mucho menos, para llevar a cabo una guerra ofensiva (ya que la participación de los caballeros en operaciones militares en el exterior fue limitada con bastante rigor en el privilegio de Košice de 1374)²¹.

El tema que surge en este contexto de los mercenarios polacos al servicio de los sucesivos Falsos Demandantes, Dimitri I y Dimitri II, explotado con entusiasmo por los partidarios de la visión de la expansión polaca en el Este, demuestra una completa ignorancia de las fuentes y una sobreinterpretación de los hechos. Recordemos, por tanto, que la opinión de la nobleza, así como la de la mayoría de los dignatarios de la República, eran decididamente reticentes a la aventura de Dimitri I el Falso (el Impostor), exigiendo, entre otras cosas, responsabilizar y castigar a quienes pusieron en peligro la tregua existente con Moscú. Los participantes de esta aventura incluso miraron a su alrededor para ver si el Ejército de la Corona no estaba ya sobre sus espaldas (ver el diario de Stanisław Borsza: «Yendo hacia Kiev, temíamos al ejército del señor de Cracovia... por eso estábamos cuidadosos, sin dormir por la noche y teníamos los caballos listos»)²². Es difícil calificar esto como una manifestación de expansión a nivel estatal.

²⁰ R. Wśetecka, «Rady Kalimachowe», en: *Pamiętnik słuchaczy Uniwersytetu Jagiellońskiego wydany staraniem i nakładem Młodzieży Akademickiej na uroczystość otwarcia „Collegii Novi.”*, Cracovia 1887, p. 122 (art. VI).

²¹ Sobre el pacifismo de la nobleza polaca véanse: M. Osterrieder, «Heldenethos und Friedenssehnsucht. Paradoxien im Kriegsbild der polnischen Szlachta (1505–1595)», en: *Der Krieg in religiösen und nationalen Deutungen der Neuzeit*, ed. D. Beyrau, Tübinga 2001, pp. 61-85; M. Osterrieder, *Das wehrhafte Friedensreich. Bilder von Krieg und Frieden in Polen-Litauen (1505–1595)*, Wiesbaden 2005, pp. 196-219.

²² J. Maciszewski, *Polska a Moskwa 1603–1618. Opinie i stanowiska szlachty polskiej*, Varsovia 1968, p. 58.

La escala del fenómeno en sí está muy sobreestimada: por ejemplo, en el invierno del año 1605, sólo había unos 1500 polacos en el campamento de Dimitri el Falso y hasta 8000 cosacos. Por cierto, vale la pena recordar que una gran parte del Ejército de Dimitri I eran los cosacos del Don (no de Zaporozhie), quienes, como súbditos zaristas, es difícil considerar «miembros de la República [polaco-lituana]». La mayoría de los contingentes polaco-lituanos abandonaron rápidamente el servicio del *zarevich* (hijo del zar) sin recibir pago. Parece que el cortejo nupcial de su novia polaca, Maryna Mniszech, se veía mucho más grandioso que esas legiones imaginadas de «conquistadores polacos» en las calles de Moscú, que fue tomada por el Falso Dimitri en junio de 1605.

Tampoco hay manera de considerar en las categorías de la expansión polaca la presencia de nuestros mercenarios al lado de Dimitri II el Falso. Basta tomar la ampliamente conocida obra del vencedor de los Ejércitos del zar de Klúshino, el hetman²³ Stanisław Żółkiewski (*El comienzo y progreso de la guerra moscovita*, 1612), para darse cuenta de que esos condotieros veían durante mucho tiempo al principal competidor en la República y en el rey Segismundo III, que querían supuestamente privarlos de sus «méritos de sangre». Ayudaría mucho para restaurar las proporciones correctas remitirse a las fuentes, por ejemplo, a la correspondencia del mercenario polaco más destacado en Rusia y el hetman del embustero de Túshino (Dimitri II), el starosta de Uświat (Usviaty) Jan Piotr Sapieha, cuya ofensiva fue detenida a las puertas de Moscú por una demostración conjunta de tropas boyardas y los estandartes de los vencedores de Klúshino²⁴. También vale la pena darse cuenta de este nuestro equivalente autodidacta de Ambrosio Spínola que llevó a cabo negociaciones con los líderes del *Pervoe narodnoe opolchenye* (primera movilización general) moscovita acerca del paso a su servicio contra el Ejército de Segismundo III y la República. Por lo tanto, tratar a esos *condottieri* polacos como promotores del colonialismo polaco tiene tanto sentido como sugerir que los lansquenets (*Landsknechts*) alemanes durante el *Sacco di Roma* (1527) colonizaban Italia...

Finalmente: un tema extremadamente importante para restaurar las dimensiones adecuadas de la confrontación polaco-moscovita de los principios del siglo XVII fue la religión. La supuesta misión católica, la «dimensión religiosa de la intervención polaca», teóricamente basada en el deseo de convertir a los cismáticos. Agradecería enormemente a los defensores de esta tesis que señalaran manifestaciones específicas de esta «catolización». ¿Cuántos santuarios católicos romanos surgieron en las tierras rusas? Hasta donde yo sé, durante el Tiempo de Grandes Turbulencias hubo solamente un altar de campo

²³ En la República el segundo comandante militar del país tras el monarca. Hubo dos hetmans tanto en la Corona como en Lituania: hetman grande y su suplente, hetman de campo.

²⁴ S. Żółkiewski, *Początek i progres wojny moskiewskiej*, ed. J. Maciszewski, Varsovia 1966, pp. 155-158; véase: W. Polak, *O Kreml i Smoleńszczyznę. Polityka Rzeczypospolitej wobec Moskwy w latach 1607-1612*, Toruń 1995, pp. 163-164 y 169-172.

improvisado en el Kremlin sitiado y las negociaciones anteriores entre la Duma Boyarda y la parte polaco-lituana prohibieron cualquier forma de propaganda católica en el Estado moscovita y, aún más, la erección de templos. La guerra abierta duró casi diez años, por lo que uno pediría esfuerzos en Roma, que precisamente estaba apoyando las acciones de Segismundo III, para establecer un obispado *partibus infidelium*, y una estructura misionera... Sin embargo, no hay tales actividades. Es más, el tratado concluido por Żółkiewski con la Duma Boyarda, que anunciaba la elección del príncipe Vladislao al trono de los zares (1610), contiene disposiciones bastante restrictivas respecto a la confesión romana. Recordemos también que en ese periodo los jerarcas ortodoxos a menudo parecían ser socios de la parte polaca (por ejemplo, Filaret, el padre del posterior zar Miguel Románov), a pesar de que estaban familiarizados con la experiencia de la Unión de Brest de 1596. Prestemos, de paso, atención al tema de que la supuesta expansión católica, el ataque de la Contrarreforma a la espiritualidad rusa y la religión ortodoxa, tan característico de la historiografía zarista centurionegrata y de la historiografía ideologizada estalinista, se plantea a veces obstinadamente en la literatura polaca sobre el tema, contrariamente a las opiniones de los más eminentes investigadores rusos, comenzando con los estudios clásicos de Serguéi Platónov y terminando con la monografía fundamental de Boris Floria (2005)²⁵.

Queda todavía por considerar la cuestión de la literatura propagandística de la época, y las referencias a «nuestras Indias» que aparecen en las publicaciones de la nobleza y el estímulo a seguir el ejemplo de «varios cientos de españoles que vencieron a varios cientos de miles de indios» (Paweł Palczowski, 1609). Ese escritor señaló resueltamente que «otras naciones, queriendo expandir sus fronteras (...) cuando en Europa ya no lo podían, en América, en el Nuevo Mundo (...) buscan un lugar» y alentó la marcha contra Moscú con el fin de «alcanzar fama inmortal para ellos y para la nación», es más, incluso tronaba diciendo «tomar su tierra abundante y frenar su arrogancia», pero desarrollando su visión, creyó que esta conquista traería la libertad a los moscovitas, entre otros, al asegurar a los centros más grandes el estatus de ciudades libres, las tierras «repartir con derecho feudal no solo a nuestra nación, pero también a la moscovita, dándoles acceso a nuestros derechos y libertades»²⁶. Por lo tanto, la expansión victoriosa a Moscú iba a consistir en la compartición con los derrotados de plenos derechos civiles, esa *aurea libertas*; por consiguiente, es difícil

²⁵ Б. Н. Флоря, *Польско-литовская интервенция в России и русское общество*, Москва 2005, pp. 220-221 y 377-378.

²⁶ Véase: G. Franczak, «Moskwa – polskie Indie Zachodnie. O pewnym mirażu kolonialnym z początku XVII wieku», en: *Nel mondo degli Slavi. Incontri e dialoghi tra culture. Studi in onore di Giovanna Brogi Bercoff*, eds. M. Di Salvo, G. Moracci y G. Siedina, vol. 1, Florencia 2008, pp. 155-163; también: G. Franczak, «Wstęp», en: P. Palczowski, *Kołąda moskiewska*, ed. G. Franczak, Varsovia 2010, pp. 24-45; H. Grała, «Rzeczpospolita Szlachecka – twór kolonialny?», pp. 288-289.

resistirse a la impresión de que se trataba más bien de una idea de introducir una unión por la fuerza, fundada en el modelo de la anterior unión polaco-lituana, cuya base era, después de todo, que la nobleza lituana tenía todos los privilegios y derechos de la nobleza de la Corona.

Invocando los llamamientos «coloniales» de Palczowski, también vale la pena recordar que él tenía importantes razones personales para su aversión a Moscú. Siendo miembro del séquito de los enviados de Mikołaj Oleśnicki y Aleksander Gosiewski (1606), y contra el derecho de las naciones fue engri-lletado después de los «maitines sangrientos de Moscú» y, parecido al mencionado Niemojewski, pasó dos años en cautiverio. Los investigadores que invocan sus puntos de vista suelen pasar por alto un hecho prosaico. Para unirse a la misión polaco-lituana, Palczowski vendió todas sus propiedades. ¿Por vanidad? En absoluto, la participación en la legación a Moscú era una aventura comercial para un noble, generalmente muy lucrativa, no solamente brindaba la oportunidad de realizar transacciones ventajosas, sino que también garantizaba lujosos obsequios zaristas a cambio de obsequios habituales. Desafortunadamente, Palczowski lo perdió todo a raíz del asalto y saqueo de los moscovitas, por lo que no sorprende que votara a favor de la guerra para compensar sus pérdidas. ¿Se le puede entonces tratar como un representante autorizado de la opinión pública, o más bien como un radical, impulsado por el deseo de venganza y la esperanza de recuperar la «sustancia»?

También parece que los investigadores trataron este «tema indio» de forma bastante crédula y demasiado literal. Intentemos, pues, de considerar dónde se sitúa esa India mítica de los antiguos «imperialistas» polacos y en qué contexto a veces se hace referencia a la misma. Después de todo, cuando el rey-guerrero Esteban I Báthory proclamó: «No envidiéis a vuestros portugueses y españoles mundos extranjeros en Asia y América, para convertirlos en Dios; están aquí al lado las Indias y Japón en la nación rutena». Este vencedor de Moscú no tiene en mente los supuestos intentos imperiales contra sus vecinos, mas acciones de proselitismo hacia sus súbditos ortodoxos, lo que en el caso de sus estrechos vínculos con Societas Jesu no debería sorprender. Por lo demás, le hizo eco vigorosamente uno de los predicadores jesuitas más destacados, el futuro rector de la Universidad de Vilna, Piotr Skarga: «No busquemos a la India Oriental y Occidental, aquí tenemos a la India real: Lituania y el norte». Es sintomático que los investigadores se inclinen a percibir a Rusia bajo este último término, así que de nuevo aparece nuestro desenfrenado *Drang nach Osten* polaco, mientras que se sugiere una traducción mucho más realista y natural: la protestante Livonia. Después de todo, Skarga, el inspirado campeón de la Contrarreforma organizó por concesión real el Colegio Jesuita en Riga (1582). Por cierto, probablemente valga la pena recordar que la tradición jesuita es la experiencia de las reducciones paraguayas y los ritos de Malabar, y finalmente los impresionantes logros de san Francisco Javier, y no la coacción religiosa, apoyada por la autoridad del Estado.

Finalmente, si esta India tiene muchos nombres, probablemente también se trate de Campos Salvajes y Transnistria, disputados con los otomanos. Estamos lejos de aceptar en serio la efectista comparación de Janusz Tazbir de que los Campos Salvajes son una especie de Salvaje Oeste y los tártaros son nuestros indios. Esta metáfora ha sido utilizada recientemente por uno de mis oponentes para contar unas historias sobre la naturaleza colonial de la expansión polaca también en esta dirección, porque no eran áreas vacías, sino habitadas por nómadas móviles...²⁷.

Por lo tanto, respondo: la analogía citada es más bien equivocada porque los sioux, comanches o apaches de alguna manera no tuvieron incursiones en Washington o Boston, y estos «nómadas móviles» saquearon tanto como fue posible no sólo nuestra frontera rutena, sino incluso el interior de la Corona: las áreas del sureste de la Polonia actual. Entonces, ¿debemos analizar estas acciones en favor de cambiar la frontera y crear una especie de cordón como una manifestación de la política de seguridad o un síntoma del imperativo expansionista de la República? Es más, estos nómadas no eran indígenas en absoluto, eran descendientes de crueles invasores, escisiones de la Horda, que en el siglo XIII destruyó y subyugó Rus (Rutenia) y los pueblos vecinos de la Gran Estepa. Estas áreas permanecieron dentro de la esfera de influencia de Kiev y Hálych, de esa Rutenia, a cuya sucesión aspiraban los monarcas de la República, no sin razón, porque la mayoría de ellos podía afirmar audazmente sus vínculos por parte de la madre con la dinastía Ruríkida (Jagellones, Vasa, Miguel I Korybut Wiśniowiecki y Estanislao II Augusto Poniatowski)²⁸. Además, esta ampliación de las fronteras de la República a Transdnieper y Transnistria también tenía todas las características de una reconquista, especialmente si se recuerda la importancia excepcional de la aristocracia lituano-rutena y el elemento colono ruteno en este proceso (véase: el «Estado» del knyaz [príncipe] Jeremi Wiśniowiecki²⁹). Finalmente, ¿puede identificarse con el colonialismo la política de colonización interna, evidente en las condiciones del Estado temprano-moderno? Después de todo, este proceso tiene lugar dentro de las antiguas fronteras del Estado y se reduce al desarrollo de espacios vacíos, tierra de nadie y el estancamiento de la frontera.

También es imposible indicar la participación del propio Estado, o incluso del monarca, en estas acciones; la política fronteriza, que a menudo resulta en disputas con los vecinos, generalmente la llevan a cabo los magnates fronterizos por cuenta propia, que disfrutaban de una libertad excesiva y, a menudo, tienen sus propios intereses en los países vecinos –diferentes de los públicos–

²⁷ A. Balcer, «Kresy: ani Arkadia, ani Aruba», *Nowa Europa Wschodnia*, t. 55-56, núms. 3-4, 2018, p. 37.

²⁸ H. Grala, *Rzeczpospolita Szlachecka – twór kolonialny?*, p. 291.

²⁹ W. Tomkiewicz, *Jeremi Wiśniowiecki (1612–1651)*, Oświęcim 2017 (reedición de 1933), pp. 36-40 y 49-93.

resultantes de sus relaciones familiares (por ejemplo, los Potocki, Wiśniowiecki y Korecki en Moldavia y Valaquia). Sin embargo, las aventuras privadas de los magnates, generalmente en contra de la posición de las autoridades de la República, no tienen como objetivo expandir las fronteras del Estado, sino a lo sumo fortalecerse en áreas fronterizas en disputa (la política del knyaz Jeremi Wiśniowiecki en Transdnieper). Aquí, prácticamente no sólo no hay una expansión organizada, sino ni siquiera una violación grave de las fronteras y los asuntos en disputa terminan amigablemente, lo que en el caso de la frontera oriental de la República está perfectamente documentado en la clásica disertación de Władysław Godziszewski³⁰. ¿Podría ser la esencia del viejo imperialismo polaco una expansión auto restringida?

¿Tiempo de compradores?

Un lugar importante en la discusión sobre el antiguo colonialismo polaco lo ocupa el tema de la nacionalidad. La República era una entidad federal compuesta por organismos estatales con tradiciones establecidas, diferentes etnias y diversas experiencias confesionales. Mientras que en la era de la Unión de Krewa (1385) la Lituania pagana podía al mismo tiempo resultar ser un sustrato mayoritariamente ortodoxo ruteno, para la Corona de entonces el elemento ruteno (y ortodoxo), una vez claramente presente en el *Regnum Russiae* desde los tiempos de Casimiro el Grande, apareció como un fenómeno minoritario, prácticamente marginal. En la época de la Unión de Lublin en 1569, la situación era diferente. La ortodoxia estaba en retirada (más debido a los impresionantes éxitos anteriores del protestantismo que al proselitismo católico), y las élites lituanas se estaban polonizando gradualmente. Sin embargo, la composición étnica del soberano real del Estado –la nobleza– impidió el dominio del elemento polaco sobre los demás. La fórmula *gente Roxolanus natione Polonus* (más conocida como *gente Ruthenus natione Polonus*), similar al análogo *gente Lithuanus natione Polonus*, describe bien esa situación. Un intento reciente de David Althoven de cuestionar la comprensión actual de esta fórmula, realizado sin una consulta profunda de las fuentes, no encontró un apoyo más amplio, aparte de parte de la historiografía ucraniana³¹.

³⁰ W. Godziszewski, «Granica polsko-moskiewska wedle pokoju polanowskiego (wytyczona w latach 1634-1648)», pp. 80-82.

³¹ D. Althoen, «*Natione Polonus* and the *Naród Szlachecki*. Two Myths of National Identity and Noble Solidarity», *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung*, vol. 52, cuaderno 4, 2003, pp. 475-508; véanse: M. Niendorf, *Wielkie Księstwo Litewskie. Studia nad kształtowaniem się narodu u progu epoki nowożytnej (1569–1795)*, Poznań 2011, p. 117; H. Grala, «Kolonializm *alla polacca*», pp. 105-106; X. Граля, «„Русская вера” и „роксоланские Сарматы”: легитимационные стратегии русской элиты Речи Посполитой и казус Адама Киселя», en: *Нарративы Руси конца XV – середины XVIII в.: в поисках своей истории*, ред. А. В. Доронин, Москва 2018, pp. 210-211.

Vestir a los rutenos y, en menor medida, a los lituanos con atuendos de compradores, es decir, agentes de los colonizadores, al servicio de representantes de la Corona codiciosos (siempre polacos) choca por su completa ignorancia de las realidades de la antigua Polonia, pero también por la falta de una reflexión estrictamente colonial. Recordemos que en ese supuesto imperio colonial polaco-católico, desde la Unión de Krewa hasta la Tercera Partición de la República (1795), sólo hay un representante indiscutible de la sangre polaca en el trono (Stanisław Leszczyński, 1704-1709 y 1733-1736) y dos monarcas cuya línea genealógica se asemeja, hasta la ilusión, al modelo étnico, mencionado anteriormente, de la República. Aquí están Juan III Sobieski (1674-1696), descendiente por parte de madre de los rutenos Daniłowicz y de los ortodoxos Żółkiewski; y Estanislao II Augusto Poniatowski (1764-1795), un polaco nacido de la princesa Konstancja Czartoryska, descendiente esta de la dinastía lituana rutenizada Gedimínida. Los Jagellones y los Vasa deben su proverbial gota de sangre polaca a la madre rutena de Jogaila, la princesa Uliana de Tver (a través de las conexiones de los Rúrikovich de Tver con los de Hálych, emparentados con los Piastas de Mazovia)³², y en el caso de Miguel I Korybut Wiśniowiecki (1669-1673), descendiente de la dinastía rutenizada Gedimínida, entre cuyos antepasados su padre, el knyaz Jarema, fue el primer católico, también supongo que todo esto está claro.

El problema de la dinastía, o también de gran parte de la élite (el caso de las «viejas familias de los knyazi», exclusivamente rutenos y ruteno-lituanos) no agota, por supuesto, la cuestión de la importante participación de las presuntas víctimas de la «opresión colonial» en el establecimiento y la gestión del Estado común. En la historiografía del tema, en múltiples ocasiones se han expresado varias reservas significativas respecto a la visión de la monstruosa escala de la afluencia de la nobleza polaca a Ucrania y su desplazamiento de los rutenos, porque resulta que hasta el levantamiento de Bogdán Jmelnitski (1648), el sustrato ruteno se mantuvo muy fuerte e influyente (especialmente en la región de Kiev), jugando también un gran papel en el asentamiento y desarrollo de la región de Chernógov (1618-1648) recuperada de las manos de Moscú³³.

³² H. Grala, «“God Save Tsar Vladislav.” Polish King as the Successor of Muscovite Rurikids», en: *Spain – India – Russia. Centres, Borderlands, and Peripheries of Civilisations. Anniversary Book Dedicated to Professor Jan Kieniewicz on His 80th Birthday*, eds. J. S. Ciechanowski y C. González Caizán, Varsovia 2018, pp. 333-347; H. Grala, «Zygmunt III – potomek „Moskiewskiej” księżniczki? (Wokół praw Wazów do carskiego tronu)», en: *Origines, fontes et narrationes – pośród kręgów poznania historycznego. Prace ofiarowane Profesorowi Marcelemu Antoniewiczowi w 65. rocznicę urodzin*, eds. M. Cetwiński y M. Janik con la participación de M. Nita, Częstochowa 2018, pp. 233-247.

³³ X. Граля, «„Русская вера” и „роксоланские Сарматы”», pp. 208-211; П. Кулаковський, *Чернігово-Сіверщина у складі Речі Посполитої (1618-1648)*, Київ 2006; P. Kułakowskij, «Kolonizacja Kijowszczyzny i Czernihowszczyzny (1569–1648)», en: *Modernizacja struktur władzy w warunkach opóźnienia. Europa Środkowa i Wschodnia na przełomie średniowiecza i czasów nowożytnych*, eds. M. Dygo, S. Gawlas y H. Grala, Varsovia 1999, pp. 164-165 y 171-172.

Las consideraciones efectistas sobre la supuesta condición de los compradores de la élite rutená que se polonizaba tropiezan con una serie de obstáculos lógicos. En primer lugar, si el proceso de ingreso a la nobleza de los lituanos, así como de las élites prusianas y livonias, es análogo, ¿podemos hablar también de opresión colonial por parte de la República en su caso? En segundo lugar, ¿es posible encontrar en la historia de los imperios coloniales un mecanismo similar, y sobre todo una escala comparable, de trato con otras naciones «de iguales a iguales»? Después de todo, este mecanismo tenía una dimensión de masas: las élites rutenas y lituanas se convirtieron en parte de la nobleza de la República *in gremio*, en su totalidad y no hay manera de indicar aquí cualquier manifestación de la famosa «limpieza de sangre». Señalar un fenómeno similar en la historia del colonialismo europeo no parece posible; tampoco encontramos procesos análogos en el caso del colonialismo ruso. La razón de este estado de cosas parece ser obvia: para los antiguos pensadores y políticos polacos compartir el sistema político de la República nobiliaria, considerado por ellos como el más perfecto posible, era un objetivo evidente y digno. Vale la pena recordar los intentos posteriores de unión con Moscú, donde la extensión de los privilegios de la nobleza a los rusos se consideraba en la República como el efecto evidente de tal contrato y un argumento atractivo para aceptar esta propuesta (véase la legación de Lew Sapieha de 1600), encontrando a veces el entendimiento también en el otro lado (1610), a pesar de la consolidación de un modelo político completamente diferente en el país de los zares.

Debe subrayarse enfáticamente que la transferencia de la cultura legal y del modelo social polaco se llevó a cabo con pleno respeto por la tradición y la especificidad local. Recordemos, por tanto, el importante papel de la lengua rutená (en el Gran Ducado de Lituania tuvo el estatus de lengua oficial de pleno derecho hasta finales del siglo XVII³⁴); a pesar de la importancia del quechua para las posesiones españolas en América, es difícil considerar ambos fenómenos como equivalentes, sobre todo porque actos tan esenciales para la estatalidad como las codificaciones de leyes (Estatutos lituanos) se escribieron originalmente en rutená, mientras que en el Imperio español los actos reales sólo se traducían al quechua del español. Resulta que en Lituania las codificaciones nativas no solamente no sucumbieron a la polonización imaginada, sino que sobrevivieron hasta las particiones e, incluso, conservaron su poder por más tiempo (esto está perfectamente ilustrado, por ejemplo, en *Pan Tadeusz* [El Señor Tadeo] de Adam Mickiewicz³⁵). Vale la pena recordar que el idioma

³⁴ B. Walczak, «Ruszczyzna – drugi język Rzeczypospolitej», en: *Języki ruskie w rozwoju historycznym i kontaktach z polszczyzną*, ed. L. Citko, Białystok 2018, pp. 277-287; O. И. Дзярнович, «„Не обчым яким языком, але своим власным“: „руска мова“ как „место памяти“ руси ВКЛ XVI–XVII вв.», en: *Места памяти руси конца XV – середины XVIII в.*, ред. А. В. Доронин, Москва 2019, pp. 103-119.

³⁵ S. Breyer, *Spór Horeszków z Soplicami. Studium z dziedziny problematyki prawnej „Pana Tadeusza”*, Varsovia 1955, pp. 13-21; véase: J. Bardach, *O dawnej i niedawnej Litwie*, Poznań 1988, pp. 9-71.

ruteno también conservó el estatus de idioma diplomático en el Estado polaco-lituano durante varios siglos, utilizado en los contactos con Moscú, la Horda de Crimea, etc. Los colonialismos europeos tienen muchas caras y numerosas hipótesis, mas parece que en la Europa moderna temprana sería bastante difícil indicar una política similar del Estado (o incluso de la metrópoli) hacia las etnias individuales y sus idiomas.

Se han conservado piadosamente una serie de regulaciones locales, por ejemplo, en el campo de la ley eclesiástica. Vale la pena darse cuenta de que incluso en la Segunda República de Polonia, uno de los documentos básicos que regulaban el estatus legal de la Iglesia ortodoxa era el llamado Estatuto de Vladímir, un documento tan creíble como el *Donatio Constantini*, pero santificado por la tradición de la Monarquía de los Jagellones y la República de las Dos Naciones, que ilustra bien el lugar de sucesión de la Rutenia de Kiev en la realidad sociopolítica y de civilización de la República polaco-lituana. Ese respeto por las leyes y tradiciones locales encaja bastante mal en el retrato imaginado del imperialismo polaco en el Este.

Por último, debe prestarse atención a la evidente fragilidad de los argumentos de quienes tratan las tierras rutenas (principalmente Ucrania –sintomático de que Rutenia Blanca suele quedar al margen de las principales consideraciones–) como una colonia periférica explotada por la República. Mientras tanto, existen serios motivos para cuestionar esta visión, y no sólo por fenómenos que débilmente encajan en el modelo colonial: los asentamientos en las áreas vacías y desprovistas de indígenas con la ayuda de migrantes internos. La participación de la nobleza rutena, que fue dominante durante mucho tiempo en este proceso, que mantenía a menudo con el pueblo «oprimido» no sólo la unidad étnica sino también la confesional, significa que aquí no hay lugar para una «construcción colonial de la raza» la cual, después de todo, definía la identidad de ambos lados. Por lo tanto, es difícil buscar en aquella realidad la oposición civilizatoria que fue el meollo del colonialismo –el contraste discursivo entre lo Propio y lo Ajeno, entre el colonizador-benefactor ilustrado y el sujeto atrasado, el salvaje.

Es de suma importancia la referida diferencia entre el modelo polaco antiguo y la práctica colonial. Los latifundios de los magnates se desarrollaron como entidades soberanas, concentrando localmente la riqueza y usándola para su propio beneficio. Es difícil señalar aquí manifestaciones específicas de la explotación de las periferias por parte de la metrópoli, es mucho más fácil evocar evidencias de la influencia decisiva sobre el Estado de las élites que se originan en estas periferias.

Resumiendo: la República polaco-lituana fue, en la cúspide de su desarrollo político y sociopolítico, una superpotencia, sin duda local (periférica), pero de considerable importancia en el equilibrio del poder europeo. Siendo una gran potencia, consciente de sus considerables activos (e incluso tendiendo a sobreestimarlos con el tiempo), nunca recurrió a las ambiciones imperiales,

lo que resultaba tanto de los acontecimientos históricos como de la especificidad del modelo de sistema (monarquía electiva), así como del vivo disgusto del soberano real –la nobleza– al concepto mismo de «imperio» y a la institución del imperio.

Al describir la realidad de esa época, hay que observar las evidentes reglas: no confundir la existencia de una superpotencia con imperialismo y no equiparar colonización con colonialismo. Sobre todo, se debe evitar tratar cualquier discurso (poscolonial en este caso), que en principio no puede reemplazar la investigación sólida y detallada, como un dogma, una especie de *Wunderwaffe* (arma maravillosa) en confrontación con la realidad insumisa de las fuentes.

Traducción: Juliusz Dutkiewicz

Fuentes

Memorias, relatos y documentos

Jakub Sobieski, *Diariusz ekspedycyjnej moskiewskiej dwuletniej królewicza Władysława 1617–1618*, eds. Janusz Byliński y Włodzimierz Kaczorowski, Opole 2010.

Stanisław Żółkiewski, *Początek i progres wojny moskiewskiej*, ed. Jarema Maciszewski, Varsovia 1966.

Estudios

David Althoen, «*Natione Polonus and the Naród Szlachecki*. Two Myths of National Identity and Noble Solidarity», *Zeitschrift für Ostmitteleuropa-Forschung*, vol. 52, cuaderno 4, 2003, pp. 475-508.

Adam Balcer, «Kresy: ani Arkadia, ani Aruba», *Nowa Europa Wschodnia*, t. 55-56, núms. 3-4, 2018, pp. 30-42.

Juliusz Bardach, *O dawnej i niedawnej Litwie*, Poznań 1988.

Stefan Breyer, *Spór Horeszków z Soplicami. Studium z dziedziny problematyki prawnej „Pana Tadeusza”*, Varsovia 1955.

Krzysztof Brzechczyn, «Niedoszłe imperium. Zenonas Norkus, *Nie tytuł czyni imperium... Wielkie Księstwo Litewskie w perspektywie porównawczej socjologii historycznej imperiów*, przeł. Katarzyna Korzeniewska, przedmowa Andrzej Nowak, Księgarnia Akademicka, Kraków 2019, ss. 440», *Politeja. Pismo Wydziału Studiów Międzynarodowych i Politycznych Uniwersytetu Jagiellońskiego*, vol. 20, núm. 1 (82), 2023, pp. 409-421.

Олег Иванович Дзярнович, «„Не обчым яким языком, але своим власным”: „руска мова” как „место памяти” руси ВКЛ XVI–XVII вв.», en: *Места памяти руси конца XV – середины XVIII в.*, ред. Андрей Владимирович Доронин, Москва 2019, pp. 103-119.

Борис Николаевич Флоря, *Русско-польские отношения и политическое развитие Восточной Европы во второй половине XVI – начале XVII в.*, Москва 1978.

–, *Польско-литовская интервенция в России и русское общество*, Москва 2005.

Grzegorz Franczak, «Moskwa – polskie Indie Zachodnie. O pewnym mirażu kolonialnym z początku XVII wieku», en: *Nel mondo degli Slavi. Incontri e dialoghi tra culture. Studi in onore di Giovanna Brogi Bercoff*, eds. Maria Di Salvo, Giovanna Moracci y Giovanna Siedina, vol. 1, Florencia 2008, pp. 155-163.

- , «Wstęp», en: Paweł Palczowski, *Kołąda moskiewska*, ed. Grzegorz Franczak, Varsovia 2010, pp. 24-45.
- Aleksander Gieysztor, «Royal Emblems and the Idea of Sovereignty in Late Medieval and Early Modern Poland», en: *State and Society in Europe from the Fifteenth to the Eighteenth Century. Proceedings of the First Conference of Polish and American Historians, Nieborów, Poland, May 27-29, 1974*, ed. Jarosław Pelenski, Varsovia 1985, pp. 55-74.
- , «„Non habemus caesarem nisi regem”. Korona zamknięta królów polskich w końcu XV wieku i w wieku XVI», en: Aleksander Gieysztor, *Władza. Symbole i rytuały*, eds. Przemysław Mrozowski, Paweł Tyszka y Piotr Węcowski, Varsovia 2016, pp. 73-98.
- , «Oznaki władzy królewskiej i idea suwerenności w Polsce w czasach późnego średniowiecza i na początku epoki nowożytnej», en: Aleksander Gieysztor, *Władza. Symbole i rytuały*, eds. Przemysław Mrozowski, Paweł Tyszka y Piotr Węcowski, Varsovia 2016, pp. 99-111.
- Andrzej Gil, *Cztery odłony imperium: Rosja – Syberia Zachodnia – Azja Centralna – Mołdawia*, Lublin 2014.
- Władysław Godziszewski, «Granica polsko-moskiewska wedle pokoju polanowskiego (wytyczona w latach 1634–1648)», *Prace Komisji dla Atlasu historycznego Polski*, cuaderno 3, 1935, pp. 1-96.
- Hieronim Grała, «Diaci y pisarze: wczesnonowożytny aparat władzy w Państwie Moskiewskim i Wielkim Księstwie Litewskim (XVI – pocz. XVII w.)», en: *Modernizacja struktury władzy w warunkach opóźnienia. Europa Środkowa i Wschodnia na przełomie średniowiecza i czasów nowożytnych*, eds. Marian Dygo, Sławomir Gawlas y Hieronim Grała, Varsovia 1999, pp. 73-91.
- , «Vom bellum defensivum zum bellum externum. Die Auffassung des polnisch-litauischen Adels von den Gründen des Livländischen Krieges 1558–1582», en: *Die Wahrnehmung und Darstellung von Kriegen im Mittelalter und in der Frühen Neuzeit*, ed. Horst Brunner, Wiesbaden 2000, pp. 255-269.
- , «Od „bellum defensivum“ do „bellum externum“. Ewolucja poglądów szlachty polsko-litewskiej na wojnę z Państwem Moskiewskim w drugiej połowie XVI w.», en: *Studia z dziejów stosunków Rzeczypospolitej z Państwem Moskiewskim w XVI–XVII wieku*, eds. Mirosław Nagielski, Konrad Bobiatyński y Przemysław Gawron, Zabrze – Tarnowskie Góry 2013, pp. 13-30.
- , «Jagiellonowie a Moskwa», en: *Europa Jagiellonica 1386–1572. Sztuka, kultura i polityka w Europie Środkowej za panowania Jagiellonów*, eds. Przemysław Mrozowski, Paweł Tyszka y Piotr Węcowski, Varsovia 2015, pp. 57-82.
- , «Rzeczpospolita Szlachecka – twór kolonialny?», en: *Perspektywy kolonializmu w Polsce, Polska w perspektywie kolonialnej*, Varsovia 2016, pp. 275-299.
- , «Kolonializm alla polacca», *Polski Przegląd Dyplomatyczny*, núm. 4 (71), 2017, pp. 93-117.
- , «Rzeczpospolita wobec pretensji Moskwy/Rosji do ziem ruskich», en: *O ziemię naszą, nie waszą. Ideowe aspekty procesów narodotwórczych w Europie Środkowej i Wschodniej*, ed. Łukasz Adamski, Varsovia 2017, pp. 19-58.
- , «Was the Polish-Lithuanian Commonwealth a Colonial State?», *The Polish Quarterly of International Affairs*, núm. 4, 2017, pp. 125-150.
- , «“God Save Tsar Vladislav.” Polish King as the Successor of Muscovite Rurikids», en: *Spain – India – Russia. Centres, Borderlands, and Peripheries of Civilisations. Anniversary Book Dedicated to Professor Jan Kieniewicz on His 80th Birthday*, eds. Jan Stanisław Ciechanowski y Cristina González Caizán, Varsovia 2018, pp. 333-347.
- , «Zygmunt III – potomek „Moskiewskiej” księżniczki? (Wokół praw Wazów do carskiego tronu)», en: *Origines, fontes et narrationes – wśród kręgów poznania historycznego. Prace ofiarowane Profesorowi Marcelemu Antoniewiczowi w 65. rocznicę urodzin*, eds. Marek Cetwiński y Maciej Janik con la participación de Marek Nita, Częstochowa 2018, pp. 233-247.
- Иероним Граля, «Дьяки и писари: аппарат управления в Московском государстве и Великом княжестве Литовском (XVI – начало XVII века)», en: *От Древней Руси к России нового времени. Сборник статей. К 70-летию Анны Леонидовны Хорошкевич*, ред. Валентин Лаврентьевич Янин, Москва 2003, pp. 148-164.

- Хероним Граля, «Между двух империй: Сибирь в колониальном дискурсе (XVI – начало XX в.). Несколько соображений с польской перспективы», еп: *Встреча на Байкале. Время прошлого, вызовы будущего*, ред. Андрей Базаров, Ян Кеневич, Улан-Удэ 2014, pp. 269-301.
- , «„Русская вера” и „роксоланские Сарматы”: легитимационные стратегии русской элиты Речи Посполитой и казус Адама Киселя», еп: *Нарративы Руси конца XV – середины XVIII в.: в поисках своей истории*, ред. Андрей Владимирович Доронин, Москва 2018, pp. 208-228.
- Stanisław Gruszecki, «Idea unii polsko-rosyjskiej na przełomie XVI i XVII wieku», *Odrodzenie i Reformacja w Polsce*, t. 15, 1970, pp. 89-99.
- Anna Grześkowiak-Krwawicz, *Dyskurs polityczny Rzeczypospolitej Obojga Narodów. Pojęcia i idee*, Toruń 2018.
- Igor Kąkolewski, «Comparatio dwóch monstrów – Rzeczpospolita polsko-litewska a Rzesza Niemiecka w XVI–XVIII wieku», en: *Rzeczpospolita-Europa XVI–XVIII wiek. Próba konfrontacji*, eds. Michał Kopczyński y Wojciech Tygielski, Varsovia 1999, pp. 143-162.
- Mirosław Korolko, *Seminarium Rzeczypospolitej Królestwa Polskiego. Humanisci w kancelarii królewskiej Zygmunta Augusta*, Varsovia 1991.
- Mariusz Kowalski, *Księstwa Rzeczypospolitej. Państwo magnackie jako region polityczny*, Varsovia 2013.
- Петро Кулаковський, *Чернігово-Сіверщина у складі Речі Посполитої (1618-1648)*, Київ 2006.
- Petro Kułakowski, «Kolonizacja Kijowszczyzny i Czernihowszczyzny (1569–1648)», en: *Moderнизacja struktur władzy w warunkach opóźnienia. Europa Środkowa i Wschodnia na przełomie średniowiecza i czasów nowożytnych*. eds. Marian Dygo, Sławomir Gawlas y Hieronim Grała, Varsovia 1999, pp. 155-172.
- Joachim Lelewel, *Historyczna paralela Hiszpanii z Polską w XVI, XVII, XVIII wieku*, ed. Jan Kieniewicz, ed. nueva, Varsovia 2006.
- Hubert Łaskiewicz, «Wędrowka na Wschód Carstwa Moskiewskiego: wieki XVI i XVII. Jakim kosztem i z jakim skutkiem?», en: *Rocznik Instytutu Europy Środkowo-Wschodniej*, año 9, cuaderno 3, *Rzeczpospolita vs Carstwo – spór cywilizacyjny czy walka imperiów?*, 2011, pp. 129-139.
- Jarema Maciszewski, *Polska a Moskwa 1603–1618. Opinie i stanowiska szlachty polskiej*, Varsovia 1968.
- Jerzy Malec, «„Unia troista”. Rozwój projektów unii polsko-litewsko-rosyjskiej w XVI i XVII wieku», en: Jerzy Malec, *Szkice z dziejów federalizmu i myśli federalistycznej w nowożytnej Europie*, Cracovia 2003, pp. 11-38.
- Jacek Matuszewski y Waław Uruszczak, «O symulowanej nauce, czyli o niekompetentnej, nieudolnej i nieudanej rekonceptualizacji społecznej, kulturowej, gospodarczej i politycznej historii I Rzeczypospolitej, nierzetelnym postępowaniu habilitacyjnym i groźnym pomruku metodologicznym à la Otwock», *Zeszyty Prawnicze*, t. 17, núm. 1, 2017, pp. 177-223.
- Michael Mitterauer, *Why Europe? The Medieval Origins of Its Special Path*, trad. Gerald Chapple, Chicago 2010.
- Jan Natanson-Leski, *Dzieje granicy wschodniej Rzeczypospolitej*, parte 1, *Granica moskiewska w epoce jagiellońskiej*, Leópolis – Varsovia 1922.
- , *Epoka Stefana Batorego w dziejach granicy wschodniej Rzeczypospolitej*, Varsovia 1930.
- Mathias Niendorf, *Wielkie Księstwo Litewskie. Studia nad kształtowaniem się narodu u progu epoki nowożytnej (1569–1795)*, Poznań 2011.
- Zenonas Norkus, *An Unproclaimed Empire: The Grand Duchy of Lithuania. From the Viewpoint of Comparative Historical Sociology of Empires*, Abingdon 2018.
- «La obra de Joachim Lelewel, “Paralelo histórico entre España y Polonia en los siglos XVI, XVII y XVIII” (1831)», ed. Jan Kieniewicz, *Hispania. Revista Española de Historia*, t. 51, núm. 178, 1991, pp. 695-734.
- Markus Osterrieder, «Heldenethos und Friedenssehnsucht. Paradoxien im Kriegsbild der polnischen Szlachta (1505-1595)», en: *Der Krieg in religiösen und nationalen Deutungen der Neuzeit*, ed. Dietrich Beyrau, Tubinga 2001, pp. 61-85.
- , *Das wehrhafte Friedensreich. Bilder von Krieg und Frieden in Polen-Litauen (1505-1595)*, Wiesbaden 2005.

- Wojciech Polak, *O Kreml i Smoleńszczyznę. Polityka Rzeczypospolitej wobec Moskwy w latach 1607–1612*, Toruń 1995.
- Jan Sowa, *Fantomowe ciało króla. Peryferyjne zmagania z nowoczesną formą*, Cracovia 2011.
- Rafał Stobiecki, «Różne oblicza historycznego rewizjonizmu», *Sensus Historiae*, vol. 19, núm. 2, 2015, pp. 17-37.
- Michał Straszewicz, «Koncepcje unii Rzeczypospolitej i Moskwy w 1. połowie XVII wieku», en: *Europa unii i federacji. Idea jedności narodów i państw od średniowiecza do czasów współczesnych*, ed. Krzysztof Ślusarek, Cracovia 2004, pp. 39-64.
- Przemysław P[iotr] Szpaczyński, *Mocarstwowe dążenia Zygmunta III w latach 1587–1618*, Cracovia 2013.
- Władysław Tomkiewicz, *Jeremi Wiśniowiecki (1612–1651)*, Oświęcim 2017 (reedición de 1933).
- Kazimierz Tyszkowski, *Poselstwo Lwa Sapiehy w Moskwie 1600 r.*, Leópolis 1927.
- , «Plany unji polsko-moskiewskiej na przełomie XVI i XVII wieku», *Przegląd Współczesny*, año 7, t. 25, núm. 74, 1928, pp. 392-402.
- Bogdan Walczak, «Ruszczyzna – drugi język Rzeczypospolitej», en: *Języki ruskie w rozwoju historycznym i kontaktach z polszczyzną*, ed. Lilia Citko, Białystok 2018, pp. 277-287.
- Romuald Wśetecka, «Rady Kalimachowe», en: *Pamiętnik słuchaczy Uniwersytetu Jagiellońskiego wydany staraniem i nakładem Młodzieży Akademickiej na uroczystość otwarcia „Collegii Novi.”*, Cracovia 1887, pp. 111-169.
- Robert J. C. Young, *Postcolonialism. An Historical Introduction*, Chichester – Malden, MA 2016.